

Como nuestro colono veía casi todos los meses á los indígenas acudir al *bureau* árabe cargados con los despojos de panteras, creyó que él, un europeo, un francés por añadidura, sólo tenía que llegar para vencer.

Alentado por este jactancioso pundonor nacional, partió antes del anochecer en dirección al barranco.

Su mirada pudo alcanzar á ver el fondo vertical del abismo en que se hallaba la guarida de la pantera.

Resuelto, y siguiendo intrincados vericuetos, llegó al fin nuestro hombre al fondo del barranco, y, merced á grandes esfuerzos, pudo alcanzar la pequeña plataforma.

Existía allí, sombreada y oculta entre lentiscos, una abertura por la que á duras penas hubiera podido deslizarse un niño.

—He llegado, al fin,—murmuró el colono. Y se fué á sentar á unos quince pasos de la abertura, esperando la salida de la pantera, fumando filosóficamente con la pipa, y colocando el fusil entre las piernas.

Llegó la noche, y el ardor bélico que hasta entonces había inflamado el ánimo del colono se fué apagando por momentos.

Reflexionaba el colono las inmensas dificultades que había tenido que vencer para llegar al sitio donde se hallaba, erizado de cactus y puntiagudas rocas.

El cielo aparecía en aquel momento sombrío y nublado. La imaginación del cazador también iba sombreándose por momentos, pensando que quizás había tratado con exceso de desprecio á su enemigo.

Embebido se hallaba en estas reflexiones, cuando oyó un ligero rumor.

Empuñó el fusil, si no para atacar, cuando menos para defenderse.

Vió clara y distintamente dos órbitas luminosas. Era una pantera enorme.

¡Cosa extraña! La pantera no le había apercibido, á pesar de su olfato fino y sutil.

Con el fusil apoyado en el hombro, el colono esperaba que el animal descubriese la espaldilla izquierda; pero la pantera no se ocupó del cazador, y levantó con inquietud la cabeza, en dirección vertical.

De repente, y de una altura de más de 10 metros, cae sobre la pantera una masa enorme.

Un grito terrible sigue á la caída.

El colono no sabe qué decisión tomar; ¿cómo huir?

Por fortuna, vió un enorme olivo, que brotaba en la misma vertiente; y, trepando por él, alcanzó, por fin, la salvadora copa.

El cuerpo pesado, que tanto le había asustado, era

un león que, desde lo alto de un risco, se había lanzado sobre la presa que atisbaba.

Aturdido, lleno de indecible estupor, el cazador permaneció inmóvil, contemplando aquel extraño é inusitado espectáculo. La pantera, con la presteza del gato, dió algunas manotadas al león, y procuró ganar el escondrijo; pero el señor de las selvas le cortó la retirada.

La pantera, ligera como un rayo, pudo alcanzar las ramas bajas del olivo, y ponerse fuera del alcance del león.

El colono, entonces, trepó hasta las ramas más altas, pero sin apercibirse de que se acercaba á la pendiente opuesta del barranco.

El león, con la mirada ardiente, rugía colérico, dando vueltas alrededor del árbol, desgarrando su tronco.

La pantera, inquieta, observaba todos los movimientos del huésped de las selvas, mientras que el colono observaba con idéntica solicitud los movimientos de la pantera.

En fin, el león remontó, con grandes dificultades, la pendiente del barranco, mientras que la pantera saltaba ligeramente sobre las ramas opuestas; pudiendo, desde allí, desafiar impunemente la cólera de su enemigo.

El colono, que no tenía ya junto á sí la pantera, quiso mirar horizontalmente su posición, y vió delante de él, y á algunos metros, los ojos brillantes y amenazadores del león.

Era tal el temor de que se hallaba poseído el colono, que si, por un acaso de la Providencia, en aquel instante no se hubiese enredado el vestido con una rama, seguro es que hubiese dado con su cuerpo en el suelo.

La calentura hacía chocar sus dientes; jamás en su larga vida el colono había experimentado un terror semejante.

Al cabo de un instante, haciendo un esfuerzo supremo, recobró algo la calma, y pudo ganar otra rama del olivo, alejándose del león.

Nuestro hombre llevaba el fusil á la bandolera: firme ya en su sitio, descolgó el fusil, lo armó, y, apuntando, hizo fuego.

Sorprendido el león, dió un terrible salto para coger con sus garras á la pantera, herida por la bala del cazador.

Sonaron terribles aullidos y gritos lastimeros; después, todo enmudeció.

La pantera, mortalmente herida, acababa de expirar entre las fauces del señor del desierto.

El león rugió con fuerza, como para anunciar la victoria; descendió tranquilamente hacia el fondo del barranco, y, trepando por el lado opuesto, desapareció.

Por lo que atañe al colono, permaneció en el árbol durante toda la noche. Cuando vino el día descendió, y, después de examinar las terribles garras de la pantera, no pudo menos de reflexionar que, sin el auxilio del león, quizás hubiera podido pagar con la vida su expedición de caza.

Chassaing, en 1.º de enero de 1859, se hallaba de

expedición en el Aurés. Serían las cinco de la tarde cuando atravesaba el valle de Tiphres'in, situado á seis leguas al sud del Lambese.

La noche comenzaba á dibujar en el horizonte sus sombrías tintas; el tiempo era horrible; la nieve, que caía á gruesos copos, hacía mayor la oscuridad; «de suerte,—dice Chassaing,—que me vi forzado á refugiarme en una cueva, construída por una de las tribus saharianas que desiertan en invierno de aquellos sitios para volver á su país.



Una hermosa pantera africana

Hacía un frío glacial; y, para defenderme del entumecimiento que se apoderaba de mis miembros, haciné algunas ramas secas á la boca de la cueva, que, después de muchas tentativas, llegué á encender.

Apenas alboreaba me levanté, y, al tender las miradas á mi alrededor, me sorprendió agradablemente la vista de una piara de jabalíes que, en la vertiente norte de la montaña, huía con precipitación hacia el bosque.

Empuñé mis armas y corrí tras los fugitivos, maravillado de que, contra sus hábitos, los jabalíes saliesen de sus guaridas en día tan desapacible, y, sobre todo, tan temprano.

Bajé á un ancho barranco, por donde discurría un pequeño riachuelo, y no tardé en hallar las huellas

de los jabalíes, mezcladas con las de una pantera.

El tiempo seguía tempestuoso; la nieve caía con abundancia; realmente, se necesitaba tener mi pasión venatoria para ir de caza, á despecho de los elementos.

Una capa de nieve de 35 centímetros alfombraba la tierra y se había posado sobre las ramas de los árboles. El paso era difícil y por doquier resbalaba. La nieve había penetrado á través de mi capote, y me hallaba calado hasta los huesos.

La piara de jabalíes, perseguida sin tregua á través de los árboles y abrojos por la pantera, se hallaba, al fin, en campo llano, donde galopaba velozmente. La pantera se paró en los últimos linderos del bosque, sentándose sobre sus piernas traseras.

Enderecé mis pasos hacia el sitio donde se hallaba la fiera, pero las sinuosidades y pliegues del terreno me la hicieron pronto perder de vista. Cuando llegué, la pantera había abandonado aquel sitio; pero, como la nieve no había borrado aún aquellas huellas, colegí que hacía breve tiempo que había abandonado aquel alto y que no podía hallarse lejos.

Guiado por las huellas del felino, impresas en la nieve, llegué á un pequeño valle que ofrece el aspecto de un embudo y en el que brotan en abundancia espesísimos arbustos y matorrales.

Al este de este valle se hallan grandes rocas escarpadas, dominando un precipio de 100 metros de profundidad. Era tal la velocidad de mi carrera que recorrí en brevísimo tiempo 5 kilómetros.

Caminé 200 metros más, siguiendo siempre las huellas de la pantera, y llegué á las rocas donde se perdían las huellas de la fiera. Todo hacía presumir que la pantera había penetrado en su guarida.

La prudencia me aconsejaba que no registrase aquellos espesísimos matorrales, para no ser sorprendido de repente por el astuto huésped de aquellos abruptos sitios. Di un rodeo para alcanzar el punto más alto de aquel hacinamiento de rocas, y lo logré, haciendo milagros de equilibrio. Tendido en el suelo boca abajo, y apoyándome en las hendiduras de la roca, avancé la cabeza, mirando hacia el fondo del precipicio.

Vi á la pantera que se paseaba en un espacio que mediría unos cien pasos, limitado por las rocas, y una barrera de abrojos y arbustos, yendo y viniendo sin cesar de uno á otro extremo.

Hallábame demasiado lejos aún para poder tirar bien contra la fiera. Resolví, pues, dar un nuevo rodeo á lo largo de las rocas, y alcancé, al fin, una grieta abierta en una roca inmensa, algo separada del grupo principal, que me ofrecía un maravilloso sitio de acecho.

El viento del sud llevaba en sus alas el ruido de mis pasos, y la pantera no podía, por consiguiente, notar mi presencia en aquellos sitios.

Espere pacientemente que la pantera estuviese á unos quince pasos. Al tomar una posición cómoda para tirar hice ruido con el pie derecho. La pantera lo oyó, y, parándose, puso su nariz al viento. Su ancho pecho se hallaba, en este momento, descubierto por completo, ofreciendo un magnífico blanco. Disparé, y la fiera cayó inerte en el suelo, dando apenas señales de vida.

Preparé de nuevo el fusil, y, con toda clase de precauciones, me dirigí hacia la pantera. Hacía apenas

dos minutos que había disparado y la fiera se hallaba muerta, y pude á mi sabor examinar y acariciar su sedoso pelaje.»

IV

Llover refiere que un día remontaba la corriente del Mississippi, más allá del sitio de su conjunción con el Ohio, y halló la navegación interrumpida por el hielo. «Semejante congelación,—dice,—me contrarió mucho, pero no podía tomar otra determinación que rogar al patrón de la embarcación que me condujese á algún pueblo ribereño para esperar el deshielo.

Mi hombre me condujo á un estrecho sitio denominado Tawapatee Bottom, donde el Mississippi describe una gran curva. Las aguas eran bajas, el frío excesivo y por doquier la nieve cubría el suelo.

El primer cuidado de mi canadiense fué poner en salvo su embarcación, á fin de que no sufriese averías por los choques con los témpanos de hielo. Cortó varios troncos de árbol en la selva vecina, que amontonó alrededor de la embarcación.

Nos dirigimos á una mísera cabaña y alquilamos el albergue por algunos dollars; pero, como la estancia era tan aburrida como incómoda, no tardé en buscar los esparcimientos de la caza.

El bosque vecino estaba repleto de caza; los ciervos, los *opossums*, los *raccous*, los pavos salvajes, se hallaban al alcance de nuestros fusiles. Sobre la helada sábana de la opuesta orilla se veían revolotear grandes bandadas de cigüeñas y de *coyottes* hambrientos.

Pudimos, pues, satisfacer nuestros gustos cinegéticos y saciar nuestro apetito, encendiendo, al regreso de nuestras expediciones venatorias, un excelente fuego.

Cinco semanas hacía ya que llevábamos semejante vida, cuando un domingo el canadiense vino á mí gritando:

—¡El deshielo, señor, el deshielo! Tomad el hacha y venid en mi auxilio, ó si no la embarcación está perdida.

Corrimos hacia el agua, y, en efecto, el hielo se rompía por todos lados, produciendo el estrépito de cien ametralladoras. Las aguas se habían elevado súbitamente, recibiendo la doble corriente del Mississippi y del Ohio.

El espectáculo era grandioso y terrible. Desafiando los elementos, logramos desembarazar nuestra embarcación, evitando el choque con los témpanos. En menos de cuatro horas el deshielo fué completo.

Aquella tarde misma proseguimos nuestro viaje por el río, alumbrados por una luna espléndida, que nos permitía guiar la nave.

Por la mañana, y mientras que el canadiense dormía, un choque espantoso me hizo rodar hasta el fondo de la embarcación.

El canadiense se levantó dando un salto, y exclamó:

—¿Qué es esto? ¿qué pasa?

—Lo ignoro,—contesté,—pero lo esencial es evitar que no entre el agua en la embarcación, porque nos hallamos en la mitad del río.

La embarcación se hallaba inmóvil en medio de la corriente: era que se había enredado con las raíces de un árbol gigantesco que se hallaba flotando sobre las aguas.

Vanos fueron los esfuerzos que hicimos el canadiense y yo para desembarazarnos de aquel poderoso obstáculo.

Eran las siete de la tarde, la oscuridad iba creciendo, y dirigiéndome á mi compañero le pedí cuál era su parecer en tan apurado trance.

—¿Sois buen nadador?—me preguntó.

—Por mi fe, no me precio de serlo de primera fuerza; pero puedo nadar durante una milla. á menos que el frío no paralice mis miembros.

—No hay que vacilar. Es necesario que nos dirijamos hacia la orilla izquierda del río. Vos tomaréis uno de esos troncos flotantes y yo el otro, y cabalgaremos en ellos, procurando alcanzar el villorrio que se divisa allá abajo. Bebamos un buen vaso de *brandy*, y que la Providencia nos ampare.

En efecto: nos lanzamos al agua. Los primeros momentos fueron terribles, porque un frío glacial helaba todos mis miembros. Miré á derecha é izquierda y no vi á mi compañero; le llamé y no me respondió.

Mi ansiedad era inmensa. Cabalgando sobre el tronco del árbol, y con agua hasta la cintura, iba acercándome lentamente hacia la orilla, cuando en el otro extremo vi una forma vaga y movediza. ¿Era quizás mi marinero? Le llamé, y no respondió. Poco á poco mis ojos se fueron acostumbrando á la oscuridad, y com-

prendí que tenía por compañero de navegación fluvial á una fiera. Un rayo de luna, desgarrando las negras nubes que cubrían el firmamento, me permitió ver los brillantes ojos del animal. Era una gran pantera. Bien que armado de mi *bowie-knife*, este gran puñal de que se sirven los americanos traperos, estaba dispuesto á permanecer sólo á la defensiva.

Bogamos así durante una hora, y lleno de angustia me preguntaba cómo terminaría semejante aventura, cuando de súbito abordamos una isla inundada por el Mississippi.

Nuestra tosca embarcación pasó á 3 metros de una roca, y entonces me deslicé en el agua; pero al mismo tiempo percibí el ruido de la caída de un cuerpo. Era la pantera, que á su vez se había echado en el agua y se dirigía hacia tierra.

Creía que la fiera me iba á atacar, y me disponía á la defensa cuando la vi abordar en tierra. Trepé hasta unas altas rocas, y allí pude contemplar un espectáculo indescriptible: una porción de animales, entre ellos varios ciervos, se habían refugiado en aquel castillo de verdura, bañado por el Mississippi.

Toda aquella sociedad permaneció durante la noche en la mayor inmovilidad, aterida por el frío y preocupada, sin duda, por el inminente riesgo que había pasado.

El alba nos sorprendió en la misma postura.

Con auxilio de mi *bowie-knife* corté gran número de juncos, que, atados con sólidas lianas, me proporcionaron una improvisada balsa ó almadía, merced á la cual pude abandonar aquellos sitios.

Ya era hora; pues en aquel instante la pantera, habiendo recobrado sus fieros instintos, atacaba rudamente á un ciervo, destrozándole con sus garras y dientes.

Atravesé el río con toda felicidad, y llegué á un villorrio poblado por pescadores, donde averigüé que el canadiense había sido salvado milagrosamente de la muerte por un bravo marino.

Por lo que atañe á mí, jamás olvidaré el forzado é incómodo viaje que hice con la pantera por las aguas del Mississippi.

La pantera negra es un magnífico animal de color ceniza oscuro, con pequeñas manchas negras. Á primera vista, aquella pantera parece negra; pero una observación minuciosa y atenta descubre los matices negros y grises.

Hasta hace poco tiempo se clasificaba á la pantera negra como una especie distinta que la común. Hoy, en la isla de Java, donde abunda el leopardo negro,